Jamás habia pasado por la imaginacion de Mastai que pudiera llegar algun dia á ocupar la silla pontificia. Conocia la naturaleza real y positiva de Baladelli y sabia que hasta entonces no habia gozado nunca del don de segunda vista; asi es, que no pudo menos de sonreirse de la profecia, y tocándole familiarmente en la espalda le dijo:

Pues bien, si Dios quiere hacer un milagro, no le costará mucho mas hacer dos; le pediremos que enternezca el corazon de nuestro bravo Baladelli, y tal vez le decidirá á abandonar la ciudad que le vió nacer y á establecerse en Roma con su familia.

## CAPITULO NOVENO.

*Situacion de Italia á la muerte de Gregorio XVI.=Estado de la opinion.=Los partidos en el cónclave.=Gizzi y Lambruschini.=Nadie pensaba en Mastai.=Encuentro del cardenal Pignatelli y del Padre Ventura en Nápoles.=Disposiciones en la ciudad de Roma.=Apertura del cónclave.=Misa del Espíritu Santo en San Pedro.=Procesion.=Nubes y tempestad.=El sacro colegio entra en el Palacio Quirinal.=Ceremonias en la capilla Paulina.=Lectura de las bulas.=Juramento de los cardenales.=Los embajadores y los príncipes romanos admitidos en las celdas.=Señal de partida.=Salidas tapiadas.=Doble proceso verbal de la clausura.*

En el momento en que Gregorio XVI espiraba como un monge sobre su estera de junco, se verificaba un gran cambio en la opinion pública de Roma.

Despues de la tentativa abortada de 1831, el partido reformador, libre ya de la exaltacion febril que conduce á los medios estremos, habia podido atraerse poco á poco á las personas de ideas moderadas. Las sociedades secretas se habian disuelto. No se temia ya ver enarbolar

en la Romania la bandera de la insurreccion; pero en vez de rebeldes, y bajo el pretesto de defender la religion contra los carbonarios, se veian partidas de vagos cruzar los campos, pedir rescate por los viajeros que apresaban, coger los frutos de las tierras y entregarse en las ciudades y pueblos á la vista de los magistrados, á tales escesos, que familias enteras se habian visto precisadas á huir de los Estados de la Iglesia y á buscar un refugio en Toscana.

Lo que se temia entonces era la reaccion del fanatismo, las persecuciones de una policia inquisitorial, los rigores del ostracismo y las sangrientas sentencias de los tribunales escepcionales, azotes tanto mas terribles cuanto que en el arsenal confuso de leyes de todas épocas, la secretaria de Estado podia encontrar á su eleccion las disposiciones mas contradictorias, y dar á la arbitrariedad, cualquiera que fuese la consagracion de la legalidad.

Estos temores, estas vejaciones, estos sufrimientos, mantenidos durante quince años, habian hecho nacer en todas las clases la necesidad real de una libertad sábia, de reformas administrativas, de instituciones constitucionales. A esta necesidad se unia una esperanza mas vaga de unidad nacional, que es el paraiso terrestre de los italianos.

El liberalismo no era, pues, en los Estados romanos una escentricidad peligrosa; era una opinion sábia, mesurada, y que se daba tanta cuenta de su debilidad como de su fuerza; su fuerza sábia consistia en su unidad, su debilidad en su pobreza de recursos de



hombres, de influencias oficiales y de medios de accion.

La opinion absolutista poseia todos los cargos de la administracion, el favor del Austria, que tenia prontos, en caso de necesidad, sus tesoros y soldados. Contaba en sus listas con la mayoría de los cardenales, y tenia á su cabeza á Lambruschini, secretario de Estado hacia veinte años. Iniciado en todos los secretos de las chancillerías, poseyendo el hilo de todos los negocios, la llave de todas las intrigas, la tarifa de todas las conciencias, el cardenal Lambruschini se habia dado prisa á poner en juego los resortes que tenia en su mano, y creia estar seguro del cónclave poblándole de personas que no solo eran de su opinion sino que ademas eran hechuras suyas.

Despues de él, el partido absolutista contaba en el sacro-colegio una multitud de personajes de consideracion, partidarios de sus doctrinas, y que, á falta suya, debian heredar de él el beneficio de sus maniobras y continuar su política.

El partido liberal no tenia confianza y fé mas que en un solo hombre, Gizzi, cuyo carácter era generalmente estimado que habia dado pruebas en muchas nunciaturas de su esperiencia y habilidad, y que su oposicion enérgica al establecimiento de un consejo prebostal en su legacion de Forli le habia hecho sobre todo popular. Pero estaba solo; así se creia al menos. Fuera del, el partido reformador no contaba en el sacro-colegio mas que corazones débiles y prevenidos y en la espectativa de un nuevo Gregorio XVI, Roma

falta de paciencia, entreveia temblando en el porvenir, el dia en que ella no tendria delante de sí mas que el último recurso de los pueblos: la revolucion. Nadie, como se vé, pensaba en Mastai.

Tal era el estado de las cosas, la naturaleza de las ilusiones y de las preocupaciones populares, cuando se abrió el cónclave. Los cardenales iban llegando sucesivamente á Roma; casi todos venian á fortalecer el partido de Lambruschini. Algunos, sin embargo, pasaban para él como contrarios, pero sus intenciones, en cuanto al candidato que iban á nombrar, eran desconocidas.

En el número de estos últimos, uno solo quizá, el arzobispo Pignatelli, venia con disposiciones favorables á Mastai, á pesar de que no le conocia personalmente; pero el padre Ventura ex-general de la órden de los teatinos, de la que el cardenal formaba parte, acababa de hacérselo conocer. El padre Ventura, que se habia fracturado un brazo yendo de Roma á Palermo, y á quien la torpeza de un cirujano de aldea habia condenado á una segunda operacion, se hallaba alojado en Nápoles, en el convento de su órden, cuando el cardenal Pignatelli viajando hácia Roma, acertó á pasar por aquella ciudad. Sabiendo que el célebre predicador se encontraba enfermo en Nápoles, Pignatelli se apresuró á visitarle, con el objeto de consultar la opinion de un hombre que, habiendo pasado la mayor parte de su vida en Roma, debia conocer á fondo las personas, las cosas y las intrigas de la ciudad eterna. Estaba persuadido de que la eleccion de Lambruschini sería perjudicial para la política y la religion. Comprendia las necesidades de las sociedades modernas. Era partidario de las reformas, pero cuál era en el cónclave el hombre mas capaz de realizarlas? á quién debia dar su voto?—Nada de esto sabia. El cardenal confió su embarazo al religioso.



—Puesto que V. E. quiere consultarme, respondió el padre Ventura, mi parecer es que la eleccion no debe salir de estos tres nombres: Gizzi, Falconnieri ó Mastai, arzobispo-obispo de Imola. Fuera de estos tres nombres, cualquiera que sea el mérito ó la importancia de las dignidades de los demas, no hay entre ellos un corazon bastante liberal para poner fin á la arbitrariedad, ni una mano bastante firme para prevenir la anarquía. Ahora, si quereis conocer el carácter de los tres candidatos que os propongo, héaquí como los clasifico: Gizzi, es el hombre de la legalidad: Falconnieri, el hombre de la ciencia en la acepcion cristiana de la palabra, y Mastai, el hombre del deber.

El cardenal Pignatelli abandonó á Nápoles, resuelto á dar su voto á aquel de estos tres que tuviera mayor número de ellos; llegó á Roma al mismo tiempo que los cardenales Mastai y Falconnieri que habian venido juntos parte del viage.

Roma se llenaba de gentes venidas de las provincias, y de estrangeros ávidos de contemplar este espectáculo único sobre el globo, este drama divino en que luchan tantas esperanzas y tantas ambiciones, que da origen á tantas intrigas, y que tiene en espectacion los destinos del mundo cristiano. Las noticias,

las presunciones, las confidencias, el cálculo de los votos de cada candidato, eran el objeto de todas las conversaciones.

A pesar del respeto filial que el pueblo no habia nunca dejado de manifestar á Gregorio XVI, sufria con impaciencia las dilaciones causadas por los largos funerales del Soberano Pontífice; deseaba con ánsia ver á los albañiles tapiar segun costumbre el gran aposento del Quirinal y las dos estremidades de la calle Pia; seguia distraido al cortejo de legados, embajadores y gefes de órdenes que iban todas las mañanas solemnemente al palacio para dirigir al decano del sacro-colegio sus cumplimientos de duelo. Todas estas ceremonias simbólicas que acompañan al fin de cada reinado, y cuyo verdadero sentido conocen los romanos con esa facilidad de inteligencia que los caracteriza, las miraban celebrarse con la mayor indiferencia.

En fin, los doscientos diez y seis soldados de la milicia urbana que se arman durante el interregno para la guardia del centro de la ciudad, tomaron posesion del portico del Capitolio y de los puntos que están unidos á él en los catorce cuarteles de Roma. La guardia del *Ghetto* y de los puentes, á escepcion del de San Angelo, fué encomendada á las tropas levantadas por la casa *Mattei* que tiene derecho de darlas sus colores y uniformes, por un privilegio antiguo. Esta era la señal de la reunion del cónclave.

En efecto, el 14 de Junio de 1846, los cardenales se reunieron bajo las bóvedas de S. Pedro para oir la misa del Espiritu Santo. El coro de la Basílica presentaba el golpe de vista mas imponente: Roma entera se hallaba bajo los arcos del templo, menos para gozar de este espectáculo, que para unirse á las súplicas que se dirigian al cielo, pidiendole la gracia de una acertada eleccion. Terminada la misa, los cardenales se sentaron en sus sillas, y un orador pronunció un discurso en latin que tenia por objeto exortar, segun costumbre, á los electores á no elevar á la silla de S. Pedro sino á un hombre digno de ocuparla.



Algunas horas despues, el sacro-colegio se reunió de nuevo en la iglesia de San Silvestre, la mas próxima al Quirinal, donde iba á abrirse el cónclave. Esta vez, no debian separarse los cardenales hasta despues de la eleccion. En aquel momento, un cielo amenazador y sombrío cubria la ciudad eterna; pálidos relámpagos surcaban de cuando en cuando las nubes; el pueblo se agrupaba silencioso al rededor de las tropas que estaban formadas en fila, contemplaba con tristeza aquellos nubarrones de color de pizarra, escuchaba el toque fúnebre de las campañas de Roma, cuyas notas monótonas vibraban desordenadamente y se preguntaba si aquella tempestad no era un funesto augurio.

Cuando estubo completo el número de cardenales, un maestro de ceremonias tomó la cruz papal y se arrodilló en la última grada del altar; á esta señal, los chantres de la capilla entonaron la primera estrofa del *Veni Creator*: la asamblea la escuchó de rodillas. Terminada la estrofa, el maestro de ceremonias se levantó, y precedido de la *familia* de los cardenales, se

dirigió hacia la puerta de la iglesia; detros de él se colocaron de dos en dos todos los Eminencias, comenzando por los obispos y concluyendo por los diáconos. A la cabeza de la procesion iba el gobernador de Roma; una multitud de prelados, seguidos de su servidumbre, cerraban el cortejo.

El sacro-colegio atravesó la plaza en medio de un profundo y melancólico silencio; el chischás de las armas era el solo ruido que se mezclaba á los sagrados cánticos. Parecia que el pueblo contenia su respiracion; se hubiese dicho que queria leer su suerte futura en todas aquellas fisonomias macilentas que pasaban delante del.

La procesion se ocultó bajo la bóveda del Quirinal, siguió en el patio, la galeria cubierta que está enfrente de la entrada, y subió lentamente la gran escalera que conduce á la capilla Paulina: allí, los chantres acabaron el *Veni Creator*; el cardenal sub-decano, que oficiaba por la ausencia del decano que estaba enfermo y encerrado ya en su celda, recitó la oracion *Deus qui corda fidelium*; despues dirigió á los electores una corta alocucion, recordándoles el objeto solemne de su reunion y conjurándoles á que se recojieran ante Dios para suplicarle les guiara en la eleccion.

Entonces los maestros de ceremonias y el secretario del sacro-colegio leyeron en alta voz, segun costumbre, las bulas pontificales sobre la eleccion y sobre la disciplina interior del cónclave. Los cardenales juraron sucesivamente la observancia de estos reglamentos. Se introdujo al mayordomo, que ordinariamente es gobernador del palacio hasta el nombramiento del Papa, y se le hizo prestar el juramento prescrito en manos del sub-decano. Los cardenales ocuparon en seguida sus celdas, donde los embajadores, los príncipes, los prelados, y otros personages fueron admitidos, hasta que una campanada vino á advertirles que tenian que abandonar aquel lugar en que solo debian quedar los que formaban parte del sacro-colegio, ó de la servidumbre de estos. Todas las salidas fueron tapiadas, á escepcion de los tornos y la puerta principal, cuya llave fué confiada á la custodia del mariscal. Se instruyó proceso verbal tanto dentro como fuera del Quirinal acerca de esta clausura, y la multitud abandonó lentamente la plaza y las avenidas de Monte Caballo.

## CAPITULO DECIMO.

*Disposiciones interiores del cónclave.=Departamento ocupado por los cardenales.=Ceremonial.=Reconocimiento de los manjares.=Los dapíferos.=Llamada de todas las personas que deben permanecer encerradas para el servicio del cónclave.*

Los cardenales ocupaban, siguiendo la costumbre estableciba desde Pio VII, el departamento de los Suizos que se estiende á lo largo de la calle *Porta Pia*, asi como el pequeño palacio que se eleva al lado de las cuatro fuentes. Todas las comunicaciones entre este departamento y el gran palacio habian sido tapiadas, á escepcion de la puerta de la sala real por la que debian volver los cardenales á la capilla Paulina que es donde se hace el escrutinio. Grandes barreras, cubiertas con tapices y guardadas por suizos armados de alabardas, interceptaban el paso en la parte de la calle Pia, correspondiente al cónclave. Las persianas de todas las ventanas del palacio estaban cerradas, y el gran aposento que domina la puerta de entrada, tapiado en toda su altura, no debia abrirse sino para la primera bendicion del nuevo Pontífice. Las celdas de los electores, situadas á los dos lados del corredor que atra-



viesa el departamento de los suizos, daban, las unas á la calle Pia, y las otras al jardin.

Mastai ocupaba una de estas últimas.

Nueve tornos, abiertos en diferentes puntos de las paredes del palacio, servian para la comunicacion del cónclave. Habia tres en lo alto de la escalera real; allí era donde los cardenales encerrados debian recibir sus visitas. No les era permitido hablar á nadie sin testigos; asi es que estos locutorios están vigilados por los Conservadores y los prelados Auditores de la Rota, que prestan juramento de no desviarse de allí ni un momento.

Los otros tornos, destinados á pasar á los cardenales los alimentos, condimentados en sus casas y conducidos por sus criados, están distribuidos de la manera siguiente: cuatro bajo el arco tapiado que comunica del patio real al de los suizos, y dos al otro estremo del departamento por el lado de la entrada de pequeño palacio. Los primeros están confiados á la custodia de los Prelados votantes de firma; los otros á los Patriarcas, Arzobispos, Obispos asistentes, y á los prelados, Clérigos de cámara.

Todos los dias, á eso de las doce, llegan las comidas al Quirinal conducidas con gran pompa en los coches respectivos de cada uno de los Eminencias, y escoltadas por sus gentiles hombres y dapíferos. Los diferentes manjares de que estas se componen van encerrados en grandes y magníficas cestas con los manteles, la plata, la vagilla, y todo lo que es necesario para el servicio de la mesa.

En el patio se detienen y descargan los carruajes. Los criados de á pie, de gran uniforme, se apoderan de las cestas, y la servidumbre del cardenal se dirige en el órden siguiente, hacia el torno mas próximo á la celda del noble recluso: abren la marcha dos palafreneros, armados de bastones con bolas de oro; sigue un camarero que lleva una maza de armas de plata colocada lo de arriba abajo, si su señor ha sido nombrado cardenal por el último pontífice; vienen en seguida los gentiles hombres y los dapíferos, con la cabeza cubierta, despues, un ayuda de cámara con la servilleta al hombro y á sus dos lados el copero y el escudero trinchante; y por último, los criados encargados de la conduccion de las cestas.

La comitiva se detiene en la sala que precede al torno; allí, los prelados encargados de la custodia del cónclave proceden, con el cuchillo en la mano, al reconocimiento de todos los manjares, no dejando entero ni un pastel, ni un ave, ni un fruto, para evitar de este modo el que introduzcan alguna carta.

Terminado el reconocimiento el macero proclama en alta voz el nombre de su cardenal, á fin de que el camarero conclavista, que está en el interior, se apodera sucesivamente de los manjares que se le pasan para llevarlos á la celda de su señor. Cuando se ha introducido toda la comida, se vuelve á cerrar el torno con las formalidades prescritas.

Despues de redactado en el interior el proceso verval sobre la clausura, y despues de haber sido firmado debidamente y entregado para su custodia al maestro



de ceremonias, se procede al llamamiento de las personas que sin tomar parte en la eleccion, deben permanecer encerradas con los cardenales hasta el dia de la apertura definitiva, ya para el servicio particular de cada Eminencia, ya para el servicio público del sacro-colegio. El número está fijado por las bulas y no puede ser aumentado. Estas son, ademas de los tres camareros que la ley concede á cada elector, el secretario del colegio y sus tres asistentes, el sacristan y el subsacristan del palacio apostólico con un sacerdote para ayudarlos, seis maestros de ceremonias, el confesor del cónclave, dos medicos, un cirujano y dos practicantes, un arquitecto, un carpintero, un albañil y treinta y cinco barrenderos.

Se hace entrar en la capilla á todas estas personas una á una para asegurarse de que su número no escede al que está señalado por los reglamentos, y se les obliga á jurar sobre el Evangelio que en ninguna ocasion dirán una palabra, de las cosas relativas al cónclave y á la eleccion de Papa.

En esto se invirtieron la tarde y noche del primer dia.